

comparativa. Son los mismos objetos, el mismo bello y exquisito marco del helado, los que ahora encierran belleza sin necesidad de alquitaramiento expresivo. Pero, en el fondo, subyace el mismo desco, y la complacencia descriptiva y detallista de Miró está en la misma línea que la de la Pardo Bazán en los bodegones transcritos, pese a usar la escritora gallega de las comparaciones o imágenes, que el levantino ha evitado completamente ²².

Y véase ahora cómo describe una acción semejante a la que antes recordé de la primera *Soledad* gongorina, la de secar unas ropas mojadas al sol. Tan prosaico quehacer merece en *Años y leguas* este bello comentario:

La abuelita se puso a tender las ropas, pesadas de agua embebida: las abría y las colgaba entre dos almendros, y el sol y el aire del principio de la tarde las hinchaban de una gloriosa circulación de blancuras (Pág. 1035).

La metáfora neoculterana derivando hacia lo humorístico da ocasión, en Miró, a las que cabría llamar greguerías. El que es su creador y definidor, Ramón Gómez de la Serna, ha citado alguna vez a Quevedo y a Góngora como precursores ²⁴.

Pero, aun así, creo que no se ha pensado lo suficientemente en lo muy greguerizante que, a veces, resulta la prosa conceptista, las desorbitadas comparaciones de Quevedo.

Miró parece ir de la greguería más sencilla y poco artística aún, a la más lograda y graciosa. El *Del vivir*, junto a la ya citada descripción del gallo, se encuentra otra, humorística, de unos pavos con

la negra sotana de sus plumas; locomotoras de plumas (Pág. 40).

La imagen humorística es aún vulgar, como vulgar es el comparar en *Día campesino* el andar de unos ánades con el de

señores canónigos (Pág. 81) ²⁵.

